



www.loqueleo.com/es

© Del texto: 2020, Víctor Panicello

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-373-3

Depósito legal: M-5.102-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2020

Directora de la colección:

Maite Malagón

Edición:

Yolanda Caja

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de Sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

BACKSTAGE

Víctor
Panicello

loqueleg

Último día - aeropuerto

Diario de ruta – sábado 21 – tarde

¡Por fin se han ido! Cuando toda esta aventura empezó, nunca hubiera imaginado que me alegraría de perderlos de vista. ¡Si incluso me he quedado un rato mirando los aviones para asegurarme de que despegaban! Por los paneles sé que el vuelo ha salido puntual de Austin a las 19:55, como estaba previsto, y, si no hay novedades, llegarán a Madrid mañana a las 16:15, después de un largo viaje de más de catorce horas y una escala en Heathrow de casi tres horas. Aunque parezca mucho rato, no es lo suficiente como para darse una vuelta por Londres, yo ya se lo he advertido, pero que hagan lo que les dé la gana, ahora ya no son mi problema... Bueno, en realidad creo que sí.

Según mi contrato como *road manager*, que me conozco de memoria porque estos días de festival lo he leído mil veces, mi responsabilidad no solo implica meter a todo el grupo en el avión de vuelta, sino asegurarme de que este llega a su destino. Es un poco absurdo porque yo no piloto el avión, pero se supone que, si hay problemas en la escala o donde sea, también es cosa mía. Por

eso debería haberlos acompañado en el vuelo de vuelta...
¡Pero es que no puedo más!

8 Solo han sido seis días y es como si hubieran pasado seis semanas. No es que haya ido todo mal, de la parte del festival y de los conciertos estoy más que contenta. Ha sido mi primera vez como responsable única en Estados Unidos y la organización ha estado bastante bien e incluso Luis, el *manager*, me ha llamado esta misma mañana para decirme que está contento con mi trabajo... Claro, que él solo sabe una pequeña parte de todo lo que ha pasado y, desde el punto de vista de la repercusión para el grupo, sin duda ha sido un bombazo. También Ana, la agente de contratación que confió en mí, me ha dicho que lo he hecho bien y que cuentan conmigo para otros eventos aquí. Lo que ya no tengo tan claro es que yo esté preparada para pasar por todo esto de nuevo.

—Last call for passengers on flight LT3567 Lufthansa to Frankfurt! Passengers bound to Los Angeles on flight MB89765 by American Airlines go to gate 57 A! Immediate boarding of flight 43215BV Alaska Airlines to San Francisco! Flight AU4267 British Airways from London Heathrow arrival on time!

Los altavoces emiten algunos avisos sobre los vuelos que están ya a punto de cerrar el embarque, algo que no se acostumbra a hacer, aunque resulta muy útil en un sitio tan grande. Este es un aeropuerto de enormes dimensiones por donde pasan anualmente casi dieciséis millones

de pasajeros y en el que, solo en esta terminal donde me encuentro, operan más de quince compañías internacionales. Todo está a reventar de gente que va arriba y abajo con sus maletas y sus vidas auestas. Un aeropuerto es como un enorme vestíbulo, un lugar de paso hacia alguna parte y en el que nunca te detienes.

Sin embargo, a pesar del bullicio, me siento abatida y sola, y eso no me gusta, ya que no acostumbro a sentirme mal conmigo misma. Seguramente estoy pagando el precio de la tensión acumulada estos días, así que prefiero seguir prestando atención a lo que escribo en este diario que decidí iniciar el primer día del viaje. Creo que esta será la última entrada, aunque, en realidad, no tengo ni idea de lo que haré con todo lo que he escrito, ni siquiera sé si me servirá para algo. No recuerdo exactamente cuándo surgió la idea de escribirlo. No soy muy de diarios, ni siquiera cuando era adolescente llevaba uno. Seguramente esta vez pensé que así lo tendría todo más controlado... ¡Menuda broma!

He preguntado a mi contacto en la empresa SXSW Inc por las fechas del festival para el próximo año y me ha confirmado que más o menos serán las mismas, a mediados de marzo, como viene siendo tradición desde que empezaron en 1987. El South by Southwest se ha convertido en uno de esos festivales casi inevitables para cualquiera que quiera mostrar su trabajo a agentes y promotores de esta parte del país y, por eso, quise trabajar aquí. Cuando decidí que este era mi año, exageré mi experiencia y

seguramente también mis capacidades porque pensaba que la parte más importante de mi trabajo sería gestionar los conciertos, los desplazamientos y los hoteles. Ana se dio cuenta de que estaba sobrevalorándome, pero aun así confió en mí, aunque ya me advirtió de que, en realidad, esa era la parte más sencilla. Lo realmente difícil es controlar lo que hacen los músicos, sobre todo fuera del escenario y, aunque todo fue más o menos bien al principio, con el paso de los días me lo han puesto difícil esos idiotas que ahora sobrevuelan Austin y el estado de Texas camino del océano Pacífico. Para ser justos, no todos se han portado igual, pero entre Jonas y Leyla me han dado trabajo más que suficiente como para que necesite perderlos de vista por el momento.

Ahora que ya no están, voy a comer algo y a esperar mi vuelo, que saldrá en un par de horas. Volaré vía Chicago y, aunque esa ruta implica un par de horas más de viaje, no me importa porque podré descansar y relajarme. Incluso aprovecharé esta pausa en el aeropuerto para escuchar algo de música, porque esta terminal, la Barbara Jordan, que creo que fue una activista de derechos civiles, tiene incluso un escenario y siempre hay alguien tocando. Austin es la ciudad de la música y más en esta época del año, cuando todo gira en torno al festival y a lo que este ofrece, ya sea música en vivo, experiencias audiovisuales, conferencias o debates superchulos que apenas he podido seguir.

Estos últimos días he estado en muchos conciertos, pero no he podido disfrutar de ellos porque estaba trabajando con mi grupo, así que ahora escucharé a los dos

músicos que acaban de presentarse solo por el placer de hacerlo, sin estar pendiente del sonido, de las luces o del estado físico y mental del cantante. Simplemente voy a buscar un sitio para sentarme a comer un enorme trozo de carne a la barbacoa, como les gusta hacer por aquí, y me relajaré, y eso sí que va a ser una novedad.

—*Ladies and gentlemen, we are going to offer you a couple of songs from our first album. I am Albin, composer and guitarist, and she is Denise, on vocals and keyboards.*

11

Parecen simpáticos y todavía algo acomplejados por tocar en medio de un aeropuerto, donde la gente va a lo suyo y apenas tiene tiempo de prestar atención a su propuesta artística. Por cómo se mueven en escena, estoy segura de que son nuevos en esto, así que les queda mucho por aprender. Lo primero que deberán hacer es tomar posesión del escenario; ese será su templo, sea donde sea, y deben ocuparlo todo, por grande que parezca. Es una cuestión de actitud allá arriba, no importa cuántos sean. Estos dos chicos están encogidos, agrupados en el centro, como protegiéndose del enemigo.

También tendrán que interiorizar que cualquier actuación, por pequeña o cutre que parezca, puede llevarte un escalón más arriba en este difícil ascenso. Estos días se lo he repetido una y mil veces a los del grupo, aunque han pasado bastante de mí.

—Debéis tocar siempre a tope, entregaros como si estuvierais en un estadio ante cien mil personas. Nunca

sabes quién está oyéndote ni de dónde surgirán las oportunidades.

Entiendo que en ocasiones sea difícil tocar en un local con apenas veinte personas, la mitad de las cuales ni siquiera te presta atención, pero una vez empiezas, solo hay que estar pendiente de la música.

Ellos no lo han visto igual que yo y eso ha sido una enorme decepción para mí, aunque supongo que les servirá para aprender a ajustar sus expectativas a la realidad.

12

Y a no echarme siempre la culpa a mí.

Por lo que respecta a este diario, lo cierro con la satisfacción de haber aguantado a pesar de todos los conflictos en que me he visto metida. También ha habido momentos mágicos, eso es lo que tiene trabajar con artistas, y, cuando eso ocurre, ya no piensas en los malos rollos. Además, he conseguido lo que me proponía y ahora estoy más preparada que nunca para dedicarme a esta profesión, que me encanta. Como decía Ana, lo mío es trabajar desde la sombra, con esa invisibilidad que algunas veces incluso duele, pero que forma parte de lo que se espera de mí.

Ser invisible y dejar que las luces enfoquen a los que suban al escenario a hacer su música.

Nadie sabrá que existo, pero yo sé que esos primeros compases que la gente aplaude no serían posibles si no me hubiera dejado la piel entre bastidores, justo detrás del escenario.

Así que ahora me despido de todo esto, de mis angustias, de mis miedos, de los malos momentos, de mis emociones, de los problemas, de los momentos de risas, de los hoteles baratos, de los taxis, de las horas de espera, de las terapias improvisadas, de las sorpresas y de las preocupaciones.

Me despido de ellos, que han reclamado lo mejor de mí estos días.

Adiós, chicos y chicas, adiós, adiós, adiós.

13

—Así que aquí nos decimos adiós definitivamente. Te echaremos de menos en el vuelo —me dice Gala con algo parecido a la simpatía.

No le respondo, no me apetece y a estas alturas lo mismo me da lo que opine de mí. Yo sí tengo muy claro lo que pienso de ella.

—No sé si nos veremos más, la vida es extraña a menudo. Espero que tengamos ocasión antes o después —interviene Leyla antes de darse la vuelta y enfocar hacia el control de seguridad.

A pesar de los días transcurridos, todavía me cuesta saber cuándo habla sinceramente y cuándo finge. Ella es para mí como un enigma, y creo que también para algunos de los miembros del grupo. Solo parece entenderse con Jonas, a pesar de todo lo sucedido. Como músicos, se pasan el día peleándose porque algo no funciona en el teclado o porque el orden de las canciones no es el que quisieran. Se odian y a la vez se complementan. Pero, cuando están juntos en el escenario, se transforman y eso es

lo que genera la magia que desprende esta banda, lo que ve el público.

Lo que realmente importa.

14 Cuando conseguí el contrato para acompañar a este grupo, los Clandestine, enseguida me advirtieron que su música tenía algo especial, pero que no iba a ser fácil andar con ellos ya que eran «complicados», en palabras de Ana. Originariamente se hacían llamar los Junkyard, hasta que su *manager* recibió un aviso de la discográfica que los contrató informándole de que ya existía otro grupo americano llamado así y que tenían el nombre registrado. Ellos querían seguir llamándose los chatarreros o algo por el estilo, pero Luis los convenció de que con ese nombre no tenían futuro en el mercado anglosajón, que solo acepta conceptos que se entiendan allí.

Todo eso fue antes de sacar el primer y único disco que tienen hasta el momento. Poco después surgió ese nuevo nombre que, de alguna manera, representa lo que realmente son, un grupo de música de garaje. Eso es algo que en América se comprende perfectamente, ya que es la cuna de ese tipo de sonido potente y crudo.

—Bueno, ha sido una experiencia genial —me dice Agustín, conocido por todos como Gus.

Es el batería y percusionista y con el que mejor me he llevado. No tiene problemas para decirte cuándo algo no le gusta, pero en general ha respetado mi trabajo, aceptando que a menudo hay que adaptarse a lo que hay y no actuar como si fueran los Rolling Stones. Por eso sé que me lo dice con sinceridad y no con sarcasmo.

No siempre me ha apoyado, pero no voy a recordárselo ahora.

—Claro —le respondo sonriendo—. También lo ha sido para mí.

El del sarcasmo es el otro, el líder de la banda, el que me ha puesto las cosas difíciles desde el primer momento, cuando ya pidió que no fuera yo la *road manager* porque creía que no tenía suficiente experiencia. Y lo dice él, que apenas ha cumplido los veinte. No es que yo tenga muchos más, precisamente la semana que viene cumplo veinticinco, pero llevo buscándome la vida en este mundillo desde que empecé afinando instrumentos como *backliner* en algunos festivales veraniegos o incluso como *stage manager* en actuaciones de orquestas de esas de pachanga. Todos... No, rectifico, casi todos hemos empezado desde abajo.

Menos Jonás y Leyla... Bueno, en realidad es Jonas, como explicitó por contrato que debía llamarle todo el mundo. Imagino que cree que Jonás no suena demasiado internacional para alguien como él, que canta mayoritariamente en inglés, y supongo que en parte tiene razón, así que dejémoslo en Jonas, que por aquí es un nombre relativamente común.

Precisamente, como si adivinara que estoy pensando en él, se levanta de donde se había dejado caer en esa pose de «el mundo me importa una mierda», que tiene tan bien ensayada, y se dirige hacia mí con una mueca que nunca se sabe si es una sonrisa o un gesto de desprecio. Probablemente, ambas cosas a la vez.

Camina con esa especie de contoneo exagerado que tanto gusta a sus seguidoras cuando se mueve en escena. Sin embargo, no es algo impostado, pues en su vida *normal* mantiene esa estética entre oscura y enigmática. Viste con un estudiado descuido, pantalones desgastados, casi siempre negros, y camisas extravagantes, de esas que solo encuentras en tiendas alternativas de Londres o de Nueva York. Su pelo rizado, despeinado y de un castaño más bien oscuro, enmarca un rostro anguloso y duro, difícil de traspasar. Cuando te mira fijamente con sus ojos marrones, una nunca sabe si realmente te está observando o simplemente está perdido en ese mundo abstracto donde a menudo desaparece.

Es guapo... a su manera, creo. Pero a mí me cuesta verlo así después de todas las putadas que me ha hecho.

—Te echaremos de menos en el avión, Lizbeth.

—¿En serio, tío? —le respondo.

Sabe que no soporto que me cambien el nombre que yo he decidido tener. Me pusieron Elizabeth, pero desde que tuve uso de razón decidí que me llamaría Beth, y así se lo hice saber a todo el mundo. Es lo que pone en mis cuentas de redes sociales, es como me conocen los que trabajan conmigo y así me llaman cuando quieren algo de mí. Todos respetan eso sin problemas.

Menos Jonas, cómo no. Y creo que en realidad espera que caiga en la provocación y me dirija a él como Jonás, pero me he resistido a hacerlo hasta ahora.

—¿De verdad ni siquiera el jodido último día vas a llamarme por mi nombre?

—No le hagas caso —interviene Luca, poniéndome un brazo sobre la espalda y apartándome suavemente de ese idiota—. Ya sabes que se divierte provocándote.

Jonas se ríe con esas carcajadas atronadoras que algunas de estas noches hemos oído en los pasillos del hotel.

—Eso, ni puto caso —corrobora Gala, la gemela de Luca.

Ambas son casi idénticas, salvo por el hecho de que Gala lleva el pelo rojo y Luca totalmente azul. Si no fuera por ese detalle, cuesta distinguirlas una de otra.

Gala toca el bajo con un ritmo endiablado que lleva a los demás a acelerar y a frenar cuando conviene.

—Soy el metrónomo del grupo —repite a menudo, no sin razón.

Luca, en cambio, es la guitarra solista, la que desgarrara ese sonido tan característico de las bandas de garaje, especialmente de las americanas, y seguramente es responsable de la buena acogida que ha tenido el sonido del grupo por aquí.

Con la potencia de Gus en la batería, la sutileza algo hipnótica de Leyla en el teclado, y la voz y el saber estar de Jonas en el escenario, en poco tiempo se empezaron a labrar un nombre entre las bandas emergentes en España, de manera que quisieron probar suerte fuera.

Su música no contiene en realidad ingredientes demasiado innovadores, pero son una mezcla a la vez potente y sutil. Una sugerente combinación de rock con toques a veces algo psicodélicos y a veces *indies*. De alguna manera, tiene referentes próximos en bandas emergentes

como Rufus T. Firefly, con una composición de cinco miembros muy parecida, aunque ellos no tienen dos guitarras, que en nuestro caso le dan más potencia a la propuesta. Tal vez si tuvieran una cantante en lugar de Jonas, la referencia se acercaría un poco más a otra banda que sube rápido como Aurora & The Betrayers, aunque su sonido crudo se parezca a grupos referentes como Las Chillers. En directo todavía ganan más, aunque mantienen algún toque delicado que los acerca por momentos a gente como Los Estanques. Sin embargo, si tuviera que asimilarlos solo a una banda, sin duda lo haría con los británicos Yonaka. Directos, potentes, claros, sin concesiones ni adornos innecesarios.

Pero bandas emergentes como esta surgen cada día a cientos en un mundo globalizado, donde es fácil subir la música a entornos como Spotify o vídeos en YouTube, y que tu sonido se escuche hasta en el último rincón del planeta. Eso aumenta tu capacidad de penetración en el ya saturado mercado musical, pero también supone que tu competencia es mundial.

Por eso, ser emergente es solo el primero de mil pasos que hay que andar uno por uno.

Y solo tienes que tropezar una vez y todo se acaba, porque este mundillo rara vez ofrece segundas oportunidades.

He intentado explicárselo a estos cinco desde el día en que nos conocimos.

Y ahora, en el aeropuerto de Austin, a punto de volver a casa, trato de seguir haciéndolo, precisamente porque creo que no se han dado cuenta todavía.

—En cuanto lleguéis a Madrid, llamad a Luis y recordadle que debe enviar un saludo personal en nombre vuestro a los organizadores del festival, especialmente a Roger, que nos ha tratado muy bien.

—No tan bien —interviene Leyla.

Prefiero hacer ver que no la he oído. Ni ella ni ninguno de los demás saben lo difícil que es que alguien de la organización del South by Southwest te haga el favor de cambiarte de hora un concierto que tenías programado a las tres de la tarde y lo desplace a las seis. Eso implica que te verán muchos más profesionales y que, en consecuencia, tus posibilidades de llamar la atención se multiplican.

19

Aunque ese es mi trabajo, lo sé muy bien, por lo menos podrían apoyarlo.

—Y recuérdale también que tenéis que enviar una maqueta con las nuevas canciones a la directora de programación para que empiece a pensar en el año que viene.

—¿Realmente crees que vale la pena volver aquí? —interviene Jonas con esos aires de divo que han aparecido en cuanto hemos tocado este continente.

—¿En serio? —le respondo tratando de disimular mi indignación—. ¿Sabes lo que cuesta que te acepten? ¿Tienes idea de cuánta gente envía sus propuestas muchos meses antes para que las valoren y a cuántos les dicen que no?

—Pues por eso mismo —me corta de nuevo—. Si tan fácil nos ha sido venir aquí, será que somos buenos, ¿no?

Me gustaría poder explicarle con calma cuánto trabajo hay detrás del primer maldito acorde que pudieron dar en uno de los escenarios del Austin Convention Center.

No entienden que en ese mismo espacio físico, en apenas seis días, compiten desde travestis hiphoperos de New Orleans hasta una banda de Jerusalén que dice hacer metal judío-musulmán. Todos ellos son grupos muy buenos, originales y creativos, y todos están buscando una oportunidad. Esperando que alguien crea que tienen algo diferente, algo que ayude a los promotores a ganar dinero, porque, más allá de lo artístico, esto es por encima de todo un negocio.

20 En realidad, no creo que vayan a entenderlo, y quizás sea mejor así. Realmente, Jonas y los demás son buenos en lo que hacen y deben concentrarse en la parte creativa, en la música, en el escenario.

Todo lo demás les llega como caído del cielo.

Pero en ese purgatorio del *backstage* hay mucha gente trabajando para los que persiguen la fama y la gloria, pasando por músicos auxiliares, conductores, agentes, *managers*, productores, promotores, *bookers*, *sleepers* que conducen por la noche mientras el grupo duerme, técnicos de sonido o *backliners* que cuidan y afinan los instrumentos.

Y también los *tour managers* o *road managers*, según le guste decir a la gente.

Personas como yo.

Invisibles pero imprescindibles.

Responsables de los pequeños fracasos y ausentes de los grandes éxitos.

Y esa es mi profesión, mi pasión en realidad, aunque a veces duele.

Aun así, no me quejo, ya que yo he escogido mi camino, aunque muchas de las cosas que han sucedido han sido una auténtica sorpresa y quedarán para siempre recogidas en este el diario que hoy cierro. En realidad, es solo un cuaderno de cuadros rojos y blancos que compré en una tienda de este mismo aeropuerto hace seis días... ¡Ufff!, parece que haya pasado mucho más tiempo.

Mientras mi cabeza da mil vueltas, veo como los cinco pasan el control de seguridad, así que me despido definitivamente con la mano y respiro un par de veces llenando los pulmones. Busco un lugar donde comer algo y encuentro una cafetería con barbacoa eléctrica donde pido una hamburguesa enorme con cebolla y todo tipo de complementos. Dejo todo de lado y me la como despacio, dejando que la paz del momento me permita ir asumiendo todo lo sucedido desde la primera vez que pisamos este mismo aeropuerto.

Cuando acabe de comer, ya devolveré algunas de las llamadas perdidas que he visto que tengo en mi móvil.

Por el momento, este lugar anónimo y algo frío me acoge como si fuera una cabaña en el bosque, y me siento en paz, hipnotizada por el brillo de las enormes baldosas, que parecen llegar hasta el infinito.